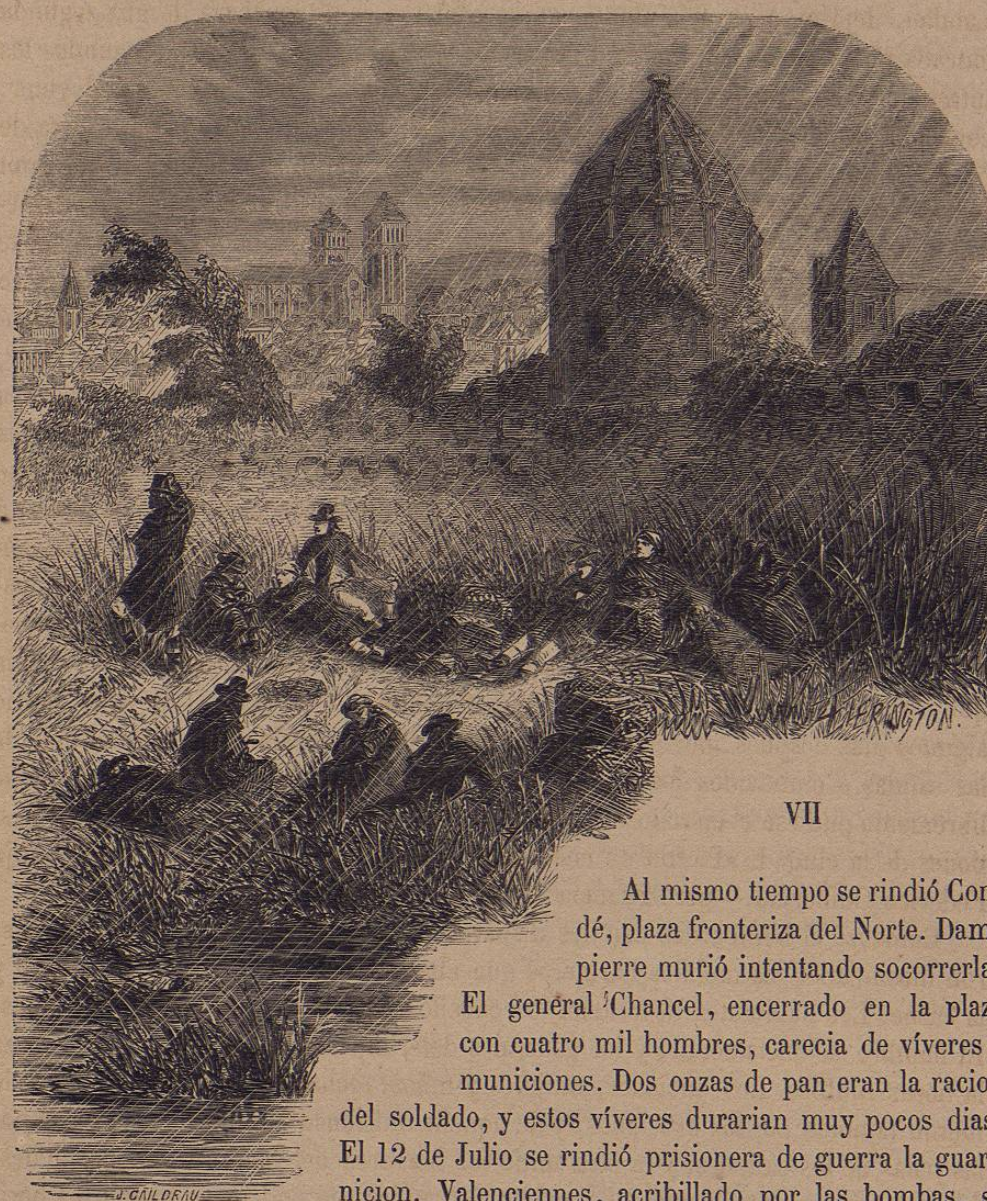


Landau, dejó en Maguncia imponente guarnición como amenaza de una segunda entrada por Alemania. El general Doyré mandaba la plaza. Eran sus segundos los intrépidos y esclarecidos oficiales generales Dubayet y Kleber. El general Meynier, conocido ya por los admirables trabajos de Cherbourg, mandaba Cassel, cabeza de puente sobre la orilla derecha del Rhin. Rewbell y Merlin de Thionville, que eran representantes y soldados, se encerraron en la plaza para que las tropas combatiesen ante la Convención. Doscientos cañones defendían la ciudad. Cincuenta y siete batallones y cuarenta escuadrones formaban el bloqueo. Abundaba el grano, pero escaseaba la pólvora. La sola esperanza era una heroica defensa, defensa que alentaba Merlin de Thionville con sus prodigios de habilidad, con su audacia y valor, y con la intrepidez de su corazón y el esfuerzo de su brazo. Esta defensa paralizaba veinte mil de nuestros mejores soldados, detenidos en sus conquistas en la otra parte del Rhin. Custine envió un oficial al ejército prusiano. Este oficial pidió que como parlamentario le dejaran pasar las líneas prusianas para llevar la orden á Maguncia de una capitulación honrosa. Los comisarios de la Convención y los generales se reunieron en consejo de guerra, que rechazó indignado esta orden. Los austriacos estrecharon el bloqueo, que los prusianos convirtieron en sitio. Los franceses volvían á tomar la ofensiva con sangrientas salidas, y el ejército enemigo tenía que conquistar cada paso para acercarse á la muralla. El general Meynier murió algunos días después, por haberle roto una rodilla una bala de cañón, en una de las salidas. Conmovidos los prusianos de tanto valor, cesaron el fuego para que libremente pudiese el ejército francés dar sepultura á su general en uno de los bastiones de la ciudad. «Pierdo un enemigo que me ha causado mucho daño,—dijo Federico Guillermo,—pero Francia pierde un grande hombre.»

Comenzó el bombardeo con los disparos de trescientas bocas de fuego. Fueron incendiados los molinos harineros que abastecían la ciudad. Faltaba el pan y la carne. Los habitantes devoraban los caballos, los perros, los gatos y las ratas. El hambre se hacía sentir, y los generales determinaron que saliesen de la plaza la bocas inútiles. Los ancianos, mujeres y niños, rechazados por los franceses, lo fueron también por los prusianos, y de aquella indefensa multitud murió parte por las balas de los cañones, y la otra sintió los horrores del hambre. Los hospitales, faltos de víveres, medicamentos y medio destruidos, no podían ya recibir los heridos, y la ciudad capituló.

Las tropas salieron libres con sus armas y banderas, bajo la única condición de que no debían hacer armas durante un año contra Prusia. La guarnición murmuró de sus jefes. El instinto de los soldados les decía que por el Norte se acercaba en su socorro el general Houchard, y querían esperarle. Nuestros batallones creían esta primer retirada de los ejércitos franceses una mancha que empañaba el genio de la revolución. Este pensamiento fué el juicio de la Convención. Arrestaron á su entrada en Francia al general Doyré, gobernador de la plaza, y al general Dubayet, comandante de las tropas; presos, fueron conducidos á París. Merlin de Thionville, cubierto de gloria, no pudo sin muchísimo trabajo justificar la rendición de este baluarte del Rhin. La reputación de Custine quedó empañada. Desde estos primeros reveses se indagaron las faltas de este general. La Vendée recibió de refuerzo quince mil hombres fogueados en el sitio de Maguncia.



VII

Los girondinos en las inmediaciones de Quimper.—Pág. 74.

Al mismo tiempo se rindió Condé, plaza fronteriza del Norte. Dampierre murió intentando socorrerla. El general Chancel, encerrado en la plaza con cuatro mil hombres, carecía de víveres y municiones. Dos onzas de pan eran la ración del soldado, y estos víveres durarían muy pocos días. El 12 de Julio se rindió prisionera de guerra la guarnición. Valenciennes, acribillado por las bombas, se rindió el 28 á los ingleses y austriacos. El general Ferrand, ese animoso lugarteniente de Dumouriez, de setenta años de edad, defendió tres meses la ciudad, y parecía que su valor quería que fuese ésta su tumba. Las murallas, derribadas por doscientas mil balas de cañón, treinta mil granadas y cincuenta mil bombas, presentaban brechas expeditas para el paso de la caballería. Defendía la plaza el terror del nombre de nuestros bravos y el del general Ferrand. Valenciennes capituló, y la guarnición, después de matar veinte mil enemigos y contar una baja de siete mil combatientes, entró en Francia con sus armas y con sus banderas desplegadas.

La noticia de estos desastres llegó á París, en donde infundió la consternación, pero no el desaliento. La constancia de la Convención, á quien asediaba tanta desgracia, fortaleció el espíritu público. Todos se entristecieron, pero á ningún corazón abandonó la esperanza de la salvación de la patria.

Las noticias de los departamentos alentaban á la Convencion. Burdeos abria las puertas á los comisarios de aquélla. Caen, despues de ocho dias de agitacion é incertidumbre, dió libertad á los comisarios prisioneros. La insurreccion de Bretaña y de Normandía se apago por sí misma. Los patriotas contuvieron algun tiempo en Toulon á los realistas. Tolosa prestó obediencia. La Lozere se apaciguó. Los dos diputados girondinos Chasset y Biroteau, instigadores de la insurreccion en Lyon y en el Jura, y Rebecqui, agitador de Marsella, observando que el movimiento de origen republicano que habian suscitado degeneraba en realista, temblaron ante su obra. Nantes rechazó á los vendeanos de sus muros.

Estos reveses y estas victorias eran causa de que los jacobinos apáreciesen desconfiados y temerosos. Aumentábanse las delaciones contra Custine, delaciones que adquirian más y más acritud. Mucho esperaron de este general, y por esto llegaban con más fuerza las denuncias. Su honradez y la felicidad de sus primeras campañas hizo esperar de él lo imposible. Se le castigaba porque prometió mucho. Le acusaban de complicidad con Brunswick, de avenencia con el rey de Prusia, de secreta inteligencia con los realistas del interior, con el general Wimpfen y con los girondinos de Caen. Bazire pidió que prendiesen á Custine en medio de su ejército. La Convencion podia temer que tropas fanáticas por su general se sublevaran, y marchando á Paris, complicasen la situacion de la república. No retrocedió ante tamaño peligro. Dió la orden á Custine de que viniese á justificarse. De esta peligrosa comision se encargó Levasseur de la Sarthe. Llegó al campo, y el representante pidió revistar al ejército. Cuarenta mil hombres estaban sobre las armas. Los soldados negaron los honores militares á Levasseur, porque sospechaban que venía á quitarles su jefe. Levasseur lo exigió, y se bajaron las banderas. «Soldados de la república,—les dijo,—la Convencion ha decretado que se prenda á Custine.» «¡Que nos le vuelvan!»—gritan con acento irritado los soldados. El representante arrostra estos clamores, y desenvainando el sable y recorriendo las filas, amenaza al soldado que viole la patria en su persona. Un sargento se presenta al frente: «Queremos que nos vuelvan á nuestro general»,—dijo. «Adelanta tú que clamas por Custine,—contestó Levasseur.—¿Te atreves á responder con tu cabeza de su inocencia?... Soldados,—prosigue el representante,—si Custine es inocente, volverá á mandaros. Si es culpable, su sangre expiará sus crímenes. ¡Castigo para los traidores y rebeldes!»

VIII

El deber del silencio fué el que contestó sólo á estas palabras. Se prendió al general. Custine no imitó á Dumouriez: prefirió el cadalso á la emigracion. Llegó á Paris y le saludó un resto de popularidad, popularidad que fué un crimen. Se paseó por el Palacio Real, y le aplaudieron los jóvenes y las mujeres.

Esta pasiva obediencia animó á los jacobinos á nuevas delaciones. El ministro del Interior, Garat, y el de Marina, Dalbarade, fueron objeto de odiosas indicaciones. El poder ejecutivo, rodeado de incesantes sospechas, carecia de accion. Robespierre, que favoreció la anarquía mientras la creyó necesaria para el triunfo de la revolucion, combatió á los instigadores del desórden desde que creyó ya afirmada la revolucion. Defendió al comité de salud pública, acusado de contempla-

tivo, defendió á Danton, defendió á Garat y Dalbarade contra Chabot y Rossignol, y apostrofó á los delatores. No le intimidaron los murmullos de los exaltados jacobinos; estos murmullos los apagaba su voz. «¿Bastará que un ciudadano ocupe cualquier puesto público para que le calumnien?—dijo ahogando los murmullos de los jacobinos.—¡Siempre prestaremos fe á los ridículos cuentos que continuamente inventan! Se atreven á acusar á Danton. ¿Quieren que sobre él recaigan nuestras sospechas? Acusan á Bouchotte, acusan á Pache. Desgracia es que se delate sólo á los mejores patriotas. Ya es tiempo de que terminen tales infamias.» Algunos dias despues, Robespierre se opuso con igual fuerza á las acusaciones que se generalizaban contra los nobles empleados en los ejércitos. «¿Qué significan todos esos lugares comunes de nobleza que sin embargo comprais? Mis antagonistas no son más republicanos que yo. ¿Quereis que el comité de salud pública no deseche los andadores? Hombres desconocidos, patriotas de un dia, quieren que abandone á sus antiguos amigos. Calumnian á Danton, á quien nadie tiene derecho á dirigir la más mínima reconvencion; Danton, que tan sólo puede desacreditarse cuando se presente alguno que ostente más energía que él, más talento y más patriotismo. No pretendo identificarme con él para que los dos valgamos el uno ayudado por el otro; me limito á citarle. Dos hombres asalariados por los enemigos del pueblo, dos hombres que Marat delató, afectan en su necedad reemplazar á este escritor público. A ellos debemos el que sus enemigos destilen veneno contra nosotros. Uno de ellos es un sacerdote, conocido por sus infames acciones, llamado Santiago Roux; el segundo el jóven Leclerc, cuya conducta demuestra que las almas juveniles no están exentas de corrupcion. Con frases en extremo patrióticas dan á entender al pueblo que sus nuevos amigos son más solícitos que nosotros, y prestan fervientes elogios á Marat para comprar el derecho de denigrar á los patriotas actuales. ¿Qué importa elogiar á los muertos, con tal de calumniar á los vivos?»

IX

Mientras que Robespierre, buscando en fin la popularidad en el asentimiento público y en la fuerza gubernamental, contenia á los jacobinos y se convertia en hombre de gobierno, Danton se dejaba proteger, digámoslo así, por Robespierre. La caida de los girondinos le habia desconcertado. Los girondinos eran para él un peso de equilibrio que habia pensado establecer en su provecho en la Convencion, poniendo su persona unas veces en el partido de la Montaña, otras en el de la Llanura. Despues del triunfo de la municipalidad, no era posible ninguna contemporizacion. Era necesario ú ordenar proscripciones ó ser proscrito. Uno y otro de estos dos papeles repugnaban á Danton. Embriagado en las delicias de la adhesion que le inspiraba la jóven con quien acababa de casarse, buscando reposo, humillado de su celebridad sanguinaria, y queriendo redimirla con amnistías y generosidades propias al estado presente de su corazon, queria dedicarse á su felicidad doméstica, y si no abdicar, aplazar al ménos su ambicion. Cansado de ser temido, deseaba ser amado.

La Montaña le amaba, en efecto. Era efectivamente su norte en las crisis, en los tumultos su voz, en la accion su mano; mas desde que Marat desapareció de la Montaña, Danton encontró en ella á Robespierre, rival más respetable y de mayor

importancia que aquél. Robespierre hacía gala para con él, como hemos visto, del mayor aprecio y le consultaba aún en las circunstancias más difíciles; pero Danton no desconocía que esta deferencia no era más que un homenaje, y que mientras Robespierre existiera, nadie más que el ídolo de los jacobinos sería el primero en la república. Por esto Danton prefería mejor desaparecer que ser segundo. Su ambición era menor que su orgullo. Podía eclipsarse, mas no quería ser arrojado con violencia. Tenía confianza en su fortuna y genio para elevarse á su verdadero lugar, es decir, al frente de la revolución.

X

Danton había llegado además, á lo ménos por un momento, á ese estado de fatiga moral que ocupa y languidece algunas veces las más fogosas ambiciones, cuando no las sostiene el gigante poderío de una idea desinteresada. Hombre de pasión y no de teoría, experimentaba las debilidades de la naturaleza. Las pasiones personales se fatigan y desgastan; las pasiones públicas, jamás. Robespierre contaba con esta ventaja sobre Danton; su pasión era infatigable, porque era impersonal. Danton era un hombre; Robespierre, una idea.

Así, Danton admiraba hacía algún tiempo á sus amigos por la languidez é incoherencia de sus resoluciones. Sus propósitos anunciaban el desorden y el desmayo del alma que mira á lo pasado y que tiene más fuerza para arrepentirse que para querer, para resignarse que para obrar; síntomas ciertos de la decadencia de la ambición, y presagios de decaimiento del destino de los hombres públicos. «¡Desgraciados girondinos!—exclamaba algunas veces con sus ayes interiores.—Ellos nos han precipitado en el abismo de la anarquía, han sido sumergidos por ella, y á nuestra vez lo seremos nosotros. Presiento ya el bramido de la tempestad que ruge sobre mi cabeza.»

En tal situación, Danton abandonó la tribuna de los Jacobinos, ocupada sin cesar por Robespierre; rara vez hablaba en los Franciscanos, y callaba en la Convención. Parecía abandonar la revolución á sí misma, y sentarse sobre su borde para ver pasar los destrozos y aguardar que la opinión recobrará los fueros de la justicia. Pero Danton era muy grande para ser olvidado; el olvido sólo salva á las medianías. La revolución descontenta se enconaba contra él y sus amigos. Legendre, Camilo Desmoulins, Fabre d'Eglantine, Chabot y él aparecían sospechosos á los Franciscanos y Jacobinos, y se les acusaba sordamente de estacionarios, de debilidad, de enriquecerse con los despojos, de agiotaje con capitalistas extranjeros, de simpatías hácia los vencidos, de cubrir con interesada indulgencia las traiciones de los generales, de imitar los vicios de los aristócratas, de enervar las costumbres populares, de sustituir la venalidad á la probidad en los resortes del gobierno, de transformar los espartanos en sibaritas, de formar, en fin, la facción de hombres corrompidos, la peor de las facciones, en una república que sólo podía fundarse sobre la libertad y la virtud.

XI

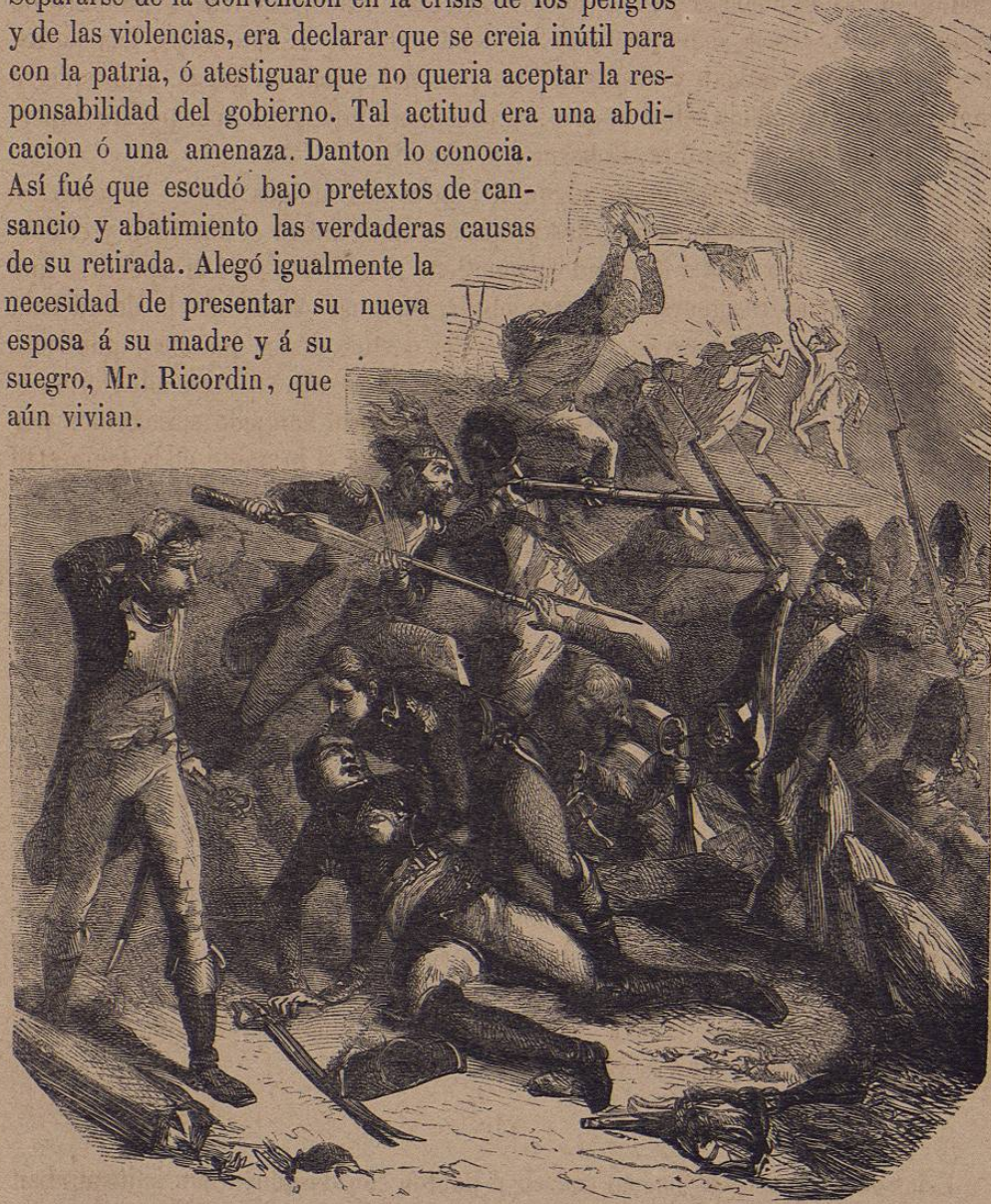
Estas recriminaciones hacían sonreír á Danton con desden, y aún le inspiraban un secreto orgullo. No se jactaba de su austeridad, no conocía la hipocresía del

desinterés, y ántes de ocultarlas, explanaba sus debilidades. Confiaba á más en el porvenir. La muerte natural le había libertado de la superioridad de Mirabeau; el puñal le desembarazó de Marat; el 31 de Mayo alejó á Vergniaud, cuya elocuencia temía; la casualidad podía destruir su rivalidad con Robespierre. En las revoluciones corre veloz el tiempo, y basta seguir su marcha para que traiga á su hora cuanto la fortuna puede dar. Así razonaba instintivamente Danton.

En esta época fué cuando, instado por su jóven esposa y nueva familia para separar su causa y nombre de la causa y nombre del terror que principiaba á agitar el alma de los buenos ciudadanos, se decidió á dejar la escena, á alejarse de París y retirarse á Arcis-sur-Aube.

Danton estaba harto versado en los misterios del corazón humano para no comprender que una retirada en tales momentos era un acto sobradamente humilde ó sobradamente orgulloso para un hombre de su importancia en la república. Separarse de la Convención en la crisis de los peligros y de las violencias, era declarar que se creía inútil para con la patria, ó atestiguar que no quería aceptar la responsabilidad del gobierno. Tal actitud era una abdicación ó una amenaza. Danton lo conocía.

Así fué que escudó bajo pretextos de cansancio y abatimiento las verdaderas causas de su retirada. Alegó igualmente la necesidad de presentar su nueva esposa á su madre y á su suegro, Mr. Ricordin, que aún vivían.



Defensa de Maguncia.—Pág. 76.

El principal motivo de esta retirada, motivo que confesó á su mujer y deudos en la intimidad de las expansiones domésticas, fué el horror que le inspiraba el cercano juicio de la reina María Antonieta. El asesinato de una mujer prisionera por un pueblo repugnaba al alma de Danton. Había jurado á menudo que salvaría las cabezas de mujeres y niños. Había propuesto enviar á la reina y su hermana á Austria, ocultando bajo palabras de desprecio el verdadero interés que le inspiraban estas víctimas desarmadas. Quería lavarse las manos de la sangre femenil que se iba á derramar.

Antes de partir, tuvo Danton una entrevista secreta con Robespierre. Humillóse ante su rival hasta el punto de hacerle partícipe de su desconfianza respecto á los negocios públicos. Pidióle que le defendiese durante su ausencia de las calumnias que los Franciscanos no dejarían de asestar contra su patriotismo y probidad. Robespierre, satisfecho de la deferencia y separación del único hombre que podía contrarrestarle en la república, no puso ningun obstáculo á la marcha de Danton. Los dos rivales, amigos en apariencia, se juraron mutuo cariño y constante apoyo, y Danton partió.

Danton, en su retiro campestre de Arcis-sur-Aube, vivió únicamente ocupado de su amor, del cuidado de sus jóvenes hijos, de la administración de sus intereses domésticos, de la felicidad de volver á ver á su madre, á sus amigos de juventud y campos paternos. Parecía haber renunciado al peso y al recuerdo de los negocios públicos. Rompió toda su correspondencia, y ni recibía ni escribía carta alguna. Su sola visita era un diputado de la Convención, y aún no con frecuencia; era éste Courtois, compatriota suyo, que poseía molinos en Arcis-sur-Aube. Les ocupaban constantemente los peligros de la patria.

En sus conversaciones íntimas con su mujer, su madre y Mr. Ricordin, no ocultaba Danton sus sinceros arrepentimientos de los arrebatos revolucionarios en los cuales el fuego de las pasiones había arrojado su nombre y su mano. Procuraba lavarse de toda complicidad en las matanzas de Setiembre. Hablaba de aquellos días, no como lo había efectuado la siguiente mañana, al decir: «He contemplado mi crimen de frente, y sin embargo, lo he cometido», mas sí como un exceso de furor patriótico, al que habían incitado al pueblo asesinos de la municipalidad, exceso que él no pudo contener y que se vió forzado á presenciar, aunque detestándolo. No ocultaba tampoco la esperanza de recobrar el ascendiente debido á su genio político cuando las convulsiones presentes hubiesen gastado los medianos y débiles caracteres que reinaban en la Convención. Hablaba de Robespierre como de un delirante, unas veces cruel, otras virtuoso, pero siempre quimérico. «Robespierre se ahoga en sus ideas,—exclamaba;—no sabe convencer á los hombres.» No creía en la duración de la república. «Son necesarias—decía con frecuencia—muchas generaciones humanas para poder pasar de una forma de gobierno á otra. Antes de tener una ciudad, tened ciudadanos.»

Leía mucho los historiadores de Roma. Escribía mucho, mas al momento quemaba cuanto había escrito. No quería dejar más huella de sí que su nombre.

XII

Por el contrario, Robespierre, aunque enfermo y abatido por los trabajos intelectuales que hubieran consumido muchos hombres, se olvidaba de sí propio para

entregarse con más ardor que nunca á la continuación de su sistema de gobierno. Engrandecía su ambición, confundiéndola toda entera con la ambición de la república que quería fundar. Poco le importaba su rango público con tal de ser el alma de las cosas. Las inconsecuencias, los cambios, la aristocracia propietaria y comercial de los girondinos, le habían sinceramente persuadido que querían retrogradar hácia la monarquía ó constituir una república en la que la riqueza sustituiría á la dominación de la iglesia y del trono, ó en la que el pueblo tendría algunos millares de tiranos en vez de uno. Había visto en estos hombres, pertenecientes á la clase media, los más peligrosos enemigos de la democracia universal y de la igualdad filosófica. Después de su caída creyó alcanzar su fin. Este era la soberanía representativa de todos los ciudadanos, hija de una elección tan extensa como el pueblo, y obrando por el pueblo y para el pueblo, en un consejo electivo que sería todo el gobierno. La ambición de Robespierre, tan á menudo calumniada entonces y después, no traspasaba este límite. Creía que su móvil era el de la naturaleza y el de Dios. No aspiraba á dominar, pero sí á ser el guía y regulador de aquel gobierno popular. Fundarle, experimentar su marcha, organizar sus oscilaciones, asistir á sus primeros movimientos, vivificarle con sus principios y dejarle su alma, era el ensueño, el aliento de Robespierre.

XIII

Su actitud y su lenguaje cambiaron igualmente desde que los girondinos desaparecieron. Tres cuestiones eran objeto de sus estudios: anular la opinión pública en la Convención por medio de los Jacobinos, de los que era oráculo; resistir á las usurpaciones anárquicas de la municipalidad, que amenazaban enfrenar la independencia de la Representación, y establecer en fin la armonía y unidad de acción con la organización de un comité de gobierno. A estas ideas no se mezclaba ninguna ambición personal. Su propia popularidad, más general y fanática de día en día entre sus correligionarios, era para él un instrumento y no un fin. Gastábala con tanta prodigalidad como afanes y paciencia tuvo para conquistarla. La oscuridad en la cual se encerraba al salir de la arena pública arrojaba sobre su persona el velo que oculta los grandes pensamientos á la envidia y el misterio que encierran los oráculos. La calumnia se detenía confusa ante el umbral de su cuarto, en la casa de un honrado artesano. El alma de la república se confundía con él en la pobreza, en el trabajo y en la austeridad de las costumbres.

XIV

Desde este día Robespierre concurrió con más asiduidad que nunca á las nocturnas sesiones de los Jacobinos. Dirigió las discusiones de aquella sociedad hácia los grandes problemas de organización social para desviarla de las facciones, cuyo reinado, según él, había pasado. Apartóse con mayor y aparente disgusto de todos los hombres corrompidos que querían mezclar la demagogia con la revolución, como se liga un metal puro con otro impuro que le hace más flexible para la elaboración. No quiso rebajar los principios republicanos á los alcances de un pueblo viejo y gastado, y se propuso elevar el pensamiento popular á la esfera de los